

Triunfo

AÑO XVIII - NUM. 50 - 18 MAYO 1963

REDACCION Y ADMINISTRACION

San Leonardo, 12

Teléf. 247 97 05 - MADRID-8

Paseo de Gracia, 25

Tel. 221 64 42-BARCELONA-7

Precios de venta

ESPAÑA.....	10 Ptas.
ALEMANIA.....	1,30 DM.
BELGICA.....	15 F. B.
FRANCIA.....	1,60 N. F.
INGLATERRA.....	2/3 - 9
ITALIA.....	150 L. IT.
PARAGUAY.....	30 GRS.
PORTUGAL.....	7,50 ESC.
VENEZUELA.....	1,50 BLV.

Suscripciones

ESPAÑA

Trimestral.....	115 pts.
Semestral.....	220 "
Anual.....	425 "
Ejemplar atrasado.....	12 "

EXTRANJERO

Portugal, Marruecos e Iberoamérica....	550 pts.
Europa (excepto Portugal).....	750 "
Otros países.....	900 "



DIRECTOR:

José Angel Ezcurra

Edita:

PRENSA PERIODICA, S. A.

Impreme:

HAUSER Y MENET, S. A.

Depósito legal: M. 1.272 - 1958

TRIUNFO no devolverá los originales que no haya solicitado previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.



Portada:

CONCHITA VELASCO

Es posible que no haya una cara más adecuada que la de Conchita Velasco para abrir este número en el que se dedica especial atención a Madrid. La simpatía de esta estrella coincide con la que se atribuye justamente a la mujer madrileña. Conchita Velasco tiene una belleza lozana, fresca, que le va bien como símbolo a Madrid, la gran capital española que se ha convertido en una de las más hermosas del mundo.

(Fotocolor IBÁÑEZ)

COPYRIGHT BY TRIUNFO 1962

Prohibida la reproducción total o parcial de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

la pequeña historia

La historia se escribe muchas veces mal, se escribe torcidamente. En los manuales están escritos sólo los grandes rasgos, los plañones y las figuras sustanciales del proceso de los siglos sobre el hombre y las sociedades. Pero estos grandes plañones están hechos de los retazos particulares de la huella muchas veces imperceptible de la pequeña historia, de la sencilla historia del ser humano. Y al cabo de los años, cuando los historiadores miran al contraluz determinados clásicos, que parecían definitivamente archivados y clasificados, se dan cuenta de datos que modifican el concepto que se tenía de ciertos acontecimientos. Así ha ocurrido, según leemos, con dos de las figuras más debatidas e importantes de la literatura universal en el siglo pasado.

La leyenda conyugal de León Tolstói acaba de ser desmentida por la aparición de un libro de la escritora inglesa Cynthia Asquith, sobre la esposa del genio: de las nobles. La autora, devota del gran escritor ruso, ha puesto ciertas cosas en su punto, tomando como base cartas íntimas y confidencias de los dos esposos. Hasta ahora no se había hablado más que de la incomprensión y del atroz egoísmo de Sofía Andreievna, de quien decía el genio que era «su única enfermedad». Entre uno y otro mediaban diecisiete años de diferencia, y ya los comienzos del matrimonio acusaron lo que más tarde se ha calificado de «incompatibilidad de caracteres» o «tortura psicológica», base de ciertos divorcios en los climas de Hollywood. Pero en la versión que hoy nos da la autora británica, los acontecimientos de aquel hogar, que tanta tinta han hecho verter en lo que va de siglo —que es mucho— aparecen modificados y esclarecidos definitivamente. En lo que concierne a las labores domésticas fue la condesa Tolstói un ser ejemplar, un espíritu activo, sólo preocupado de obtener para su esposo el mayor sosiego, admiradora como era de su obra y de su genio. Sofía Andreievna, refinadísima en sus gustos y educada en la lectura, en las bellas artes, singularmente en la música, renunció, a sus diecisiete años, a la existencia amable y de hija de familia para instalarse en la enorme heredad de su marido donde, en el acto, para socorrerle y amparar su soledad genial, tomó a su cargo las labores más arduas: la administración, de la que dependía la existencia de centenares de familias y el gobierno de docenas de domésticos. Todo en aquella gran hacienda estaba descuidado: los bosques, extensísimos, dejados en abandono, la casa misma en completo desorden, los cultivos y las cosechas se producían a la buena de Dios. La nueva dueña se hizo cargo de todo, se convirtió en guardiana celosa, garante de un mínimo de seguridad práctica, en un vasto mundo que el escritor amaba pero había despreciado: se adiestró en las cuentas y llevó consigo las llaves de la casa y de los desvanes hasta conseguir que la finca fuera el marco adecuado a la leyenda que luego le habría de dar gloria no sólo literaria, sino sociológica y religiosa, en la peculiar mística pacifista y universalista de Tolstói, generadora luego de doctrinas, de imponentes tales como la obra realizada por Ghandi, y antecedentes de muchas de las realizaciones actuales, la más difundida de las cuales es la del doctor Schweitzer, en África.

Sofía Andreievna había sido considerada por ello como una mujer práctica y ferocemente egoísta, cuando es muy probable que cuanto hiciera fuera sustitutivo del desamor o de la soledad del escritor. Cuando ya pasados los ochenta años de la vida de Tolstói, éste abandonó, en un arranque loco, la casa y la familia, para ir a morir en la sala de espera de una estación pueblerina, dejó a Sofía una nota: «No es que no te amo, pero no puedo actuar de otro modo». Lo decía a la mujer que habla copiado hasta siete veces el inabarcable manuscrito de «Guerra y Paz», que había ordenado sus papeles y que había procurado, únicamente, evitar que una partida de desaprensivos que llenaban constantemente la casa del escritor, llevara de ella, como trofeos, fragmentos enteros de su obra en manuscritos, le arrancara compromisos editoriales y alimentara su desvarío sin escrúpulos, acercando su tendencia al santonismo y a la teocracia.

revisión de un duelo

E igualmente para Puschkin se retoca la leyenda. Si Tolstói fue el precursor de una filosofía de la vida, Puschkin lo fue de una estética de la vida. El arrogante poeta se anticipó a Byron y a los mallinés. En la corte es, por vez primera, la negación del cortesano. Alguien escribió que algo debía de haber ocurrido en la historia, en los entresijos de

la historia, cuando, a propósito de «La familia de Carlos IV», de Goya, se advierte la aparición de la expresión humana en lugar de la aureola y de la observación reverencial del pintor. Goya retrató al monarca, a la reina, a los príncipes reales, sin la respetuosa convicción de su rango, despojados, salvo en las sedas, de toda majestad. Algo, en efecto, Godoy, el pueblo, el propio genio aragonés, arrogante, disparatado y luminoso, había cruzado de pronto en la historia, que era desde hacía siglos inmutable, enervándola y predisponiéndola. Estos síntomas no están en los libros. Y de igual modo no está Puschkin en la historia de Rusia más, que en su apartado literario. Pero fue Puschkin un poeta en la corte que no era cortesano, como fue Goya un pintor de cámara que no creía en los regios modelos, ni los halagó. La majestad había quedado trasmutada, invertida, porque para el Zar y para los monarcas existía hacia el poeta y el pintor una inconcesada, pero cierta, actitud reverencial, y no a la inversa. Los reyes se hacían siervos del pueblo a través del arte.

Desde su primera juventud, Puschkin, pendenciero, arrollador, temerario, iluminado como sus versos, se había batido en duelo una docena de veces. Galanteador y fantástico, fue, como Lope, aventurero en damas. El sable y la pistola dirimían entonces ciertos lances, de madrugada y ante testigos. Y Puschkin había de morir en un duelo, ya tardíamente, a los treinta y siete años de su edad, mas no precisamente por haber provocado la ira de alguien, sino porque la sintiera él. Era el año 1837; un oficial francés que servía en la Guerra Imperial Rusa, le batió y le abatió, como es sabido, de un tiro de pistola, en duelo provocado por Puschkin a causa de unas sospechas infundadas del poeta sobre ciertos galantes del oficial a su mujer.

Pero un grupo de criminólogos, de médicos forenses y expertos en balística, de Leningrado, demuestra, según dicen ellos, naturalmente, que en el desafío que abatió el gran poeta nacional ruso habían concurrido circunstancias excepcionales de carácter irregular. Según esos informes, el oficial Georges Hecker, Danthés, que parece hiciera ostensiblemente la corte a Madame Puschkin, utilizó para el duelo una pistola de mayor calibre que la del poeta y había batido investido, por debajo de su guerrera de oficial, con una cota de malla, violando deliberadamente las reglas del honor. Según esos informes, la bala primeramente disparada por Puschkin se habría incrustado en la túnica de Danthés.

otra historia

Después de los tardíos retoques de la historia, que nos hacen revisar [as figuras, que nos ofrecen una versión retocada y quizá más objetiva de los hechos, no podemos dejar de pensar una vez más en el conjunto de matices que conforman la fisonomía humana. Si alguno de esos matices no ha sido observado, la fisonomía entera cambia sus ángulos expresivos. La historia es el conjunto de datos que tenemos, mas no el silencio de los que callamos o de los que no encontramos en los archivos.

Los sucesores de la historia carecen a veces del difícil sentido de alcanzar la interioridad del ser humano a través de los papeles de archivos. La vida humana discurre al desfilz de los documentos. Sobre la memoria y los archivos anduvo y vivió la gente según su íntimo impulso y su total verdad. Cada uno de nosotros somos el ser que se dirá, pero seguramente sólo a medias.

Podríamos decir que cada ser humano aspira a que puedan considerarle como una estatua terminada, cuando, mientras se vive, todo lo ajeno pone en nosotros su impronta y su huella. Recordamos ahora el máximo deliquio verbal, aquella ofrenda tan amplia y razonada de Miguel Angel a Vittoria Colonna: «Te quiero como la materia a la forma». También como la propensión de la materia hacia la forma, somos nosotros. Entidades a medio hacer, supuestas e incompletas, figuras que no hacemos historia. Esta era ya, de hoy en adelante, la de las grandes formas, la de los trozos parabólicos de largo alcance, dignos de la altura, el riesgo y el dibujo que hacen en el cosmos los primeros astronautas. En realidad, ¿a quién le importa la simple cuestión humana de Sofía Andreievna? ¿Fue decisiva la bala que se detuvo en la trampa metálica que llevaba el oficial Danthés? Cuando las cosas ocurren ya no se pueden retocar. Somos lo que los otros dicen de nosotros, aunque se engañen y así será siempre.